

A black and white photograph of a lake with a large tree in the foreground and a mountain in the background. The tree is on the right side, its branches extending over the lake. The lake is in the middle ground, and a mountain is visible in the background, partially obscured by a layer of mist or fog. The sky is overcast.

En cuyas quietas aguas

Guillermina Cuevas

Lago de Zirahuén. Fotografía iStock

LLEGARON ANTES DEL CREPÚSCULO, DISCUTIENDO, lanzándose amenazas e improperios. La mujer le decía: vas a ver Ricardo, me las vas a pagar, después no empieces con que me quiero ir con mi mamá, que ella sí te trata bien, que te cumple todo lo que se te antoja, que ella sí te comprende, que es la mujer más santa del mundo, que te dijo muchas veces que no te casaras conmigo, aunque en eso sí tenía razón, le hubieras hecho caso, así yo hubiera encontrado un mejor hombre, porque contigo he desperdiciado mi tiempo, como ahora, para qué me trajiste, si luego vas a empezar con tus cosas. Abre pues la cajuela, yo voy a sacar lo que necesito y tú busca lo que quieras.

La tarde comenzó a declinar y los huéspedes entraron a la cabaña, ella con una bolsa de lona y otra de plástico, él con una bolsa de vasos desechables y una botella de ron. Afuera el lago, el viejo laurel lleno de colibríes, un viento cada vez más fresco, perfumado desde el bosque de pinos, desde los setos con rosales florecidos. Un pescador que vuelve en su canoa, junto al muelle una mujer que lo espera.

Salieron de su cabaña en apariencia tranquilos, cada uno con su vaso de ron y coca cola. Caminaron hasta la orilla del lago y allá, sentados en el pasto, parecían dos turistas disfrutando del paisaje. Pero luego volvieron discutiendo, ella enojada, él burlesco. Se sentaron en la pequeña terraza, bajo la débil luz de un farol amarillento.

Hace falta música, dijo la mujer, y el hombre propuso acercar el automóvil aunque esa área verde no era precisamente un lugar de estacionamiento. Hizo con

algunos leños una rampa y, después de varios intentos y en reversa, logró subir su automóvil. Abrió la cajuela y encendió su estéreo sin ningún asomo de compasión para los huéspedes de las otras dos cabañas ocupadas. La mujer seguía sermoneándolo: qué bueno que me hiciste caso y lo subiste en reversa, la pendejada que hubieras hecho, por lo menos así sólo rompiste una maceta. Vamos pues a bailar, espero que no hayas traído tus discos piratas.

Comenzaron a bailar con la música de Ray Con-nif tocando “Aquellos ojos verdes” y la pareja parecía feliz hasta que en un giro torpe, descontrolado, la mujer resbaló y otra vez la andanada de insultos: eres un pendejo, ni siquiera sabes bailar, lo hiciste a propósito, por eso tengo que cachetearte, para que reacciones, baboso, para nada sirves, luego te enojas porque bailo con otros, además te burlas, cabrón, sírveme otra cuba y cambia la música, quiero bailar perreo, para que sepas por qué me gusta ir al antro, no tienes ritmo, pero conmigo vas a aprender, acomódate detrás de mí y sigue mis movimientos, los vecinos no vienen a bailar porque no quieren, no chingues con eso de que los estamos molestando. Voy a la tienda a comprar cigarros, espero que cuando vuelva ya estés listo.

La mujer se fue y el hombre sacó las bocinas del automóvil y las colocó sobre la mesita de la terraza. Probaba uno y otro disco, pero al escuchar “Adiós muchachos, compañeros de mi vida”, le subió el volumen, tomó ron directamente de la botella y cuando su mujer regresó la canción decía:

acuden a mi mente
recuerdos de otros tiempos
de los bellos momentos
que antaño disfruté,
cerquita de mi madre,
santa viejita,
y de mi noviecita
que tanto idolatré...

Otra vez, exclamó la mujer, ya estás con tus pendejadas, ni santa tu viejita, ni tu noviecita, vieja perra tu madre y tu noviecita qué, ¿no se hizo amante de tu tío Pancho?, la muy puta lo atrapó, hasta se casó con él un mes después de que tu tía Meche se murió, mejor le hubiera coqueteado yo al pinche viejo, ahora la tiene como reina, la deja ir a todos lados y hasta le contrató un chofer muy guapo para que se divierta y tú, pobre diablo, con tus mariconadas, ay sí, mi viejita santa, mi noviecita, puta lagartona, yo estaba más buena que ella, pero tú, hay que tener un hijo y yo de pendeja, ¡ay sí, vamos a tener un hijo!, si tu mamá quiere cuidarlo no es mi culpa, yo tengo que trabajar, estoy ahorrando para ir a Colombia o a Brasil a que me hagan una lipoescultura, quiero recuperar mi figura, y ya no voy a comer con tu madre, eso sí lo reconozco, es una excelente cocinera, y con mala intención prepara la comida que más me gusta, por cierto mañana quiero ir a Pátzcuaro para comer un consomé de res en el mercado y una nieve de pasta en la plaza, después me pongo a dieta, ya cambia esa música, deja de llorar, no seas tan maricón, ándale vamos a bailar banda, traje unas cervezas.

Y bailaron banda, y salsa, luego un danzón y, como a las cuatro de la madrugada, escucharon a Los tigres del norte, a Los tucanes de Tijuana, a Paquita la del barrio y a Juan Gabriel. A las doce del día se fueron en su automóvil compacto con placas del Distrito Federal, y el lago volvió a ser ese lugar de ensueños tradiciones y leyendas.

La recamarera hizo la limpieza y, poco antes del crepúsculo, llegó otra pareja, ella una varita de nardo, él un muchacho fuerte y valeroso, el hermoso

paisaje les sirvió de fondo a los escarceos, arrumacos, cachondeos. Fueron al restaurante, compartieron los platillos y el vino que ordenaron, luego él le compró un juego de aretes, collar y pulsera en el puesto de artesanías, se encerraron en la cabaña y, sin encender la chimenea, sin música, se entregaron uno al otro el cuerpo y el alma. A la mañana siguiente desayunaron vorazmente y, entre arrumacos, subieron a una camioneta blanca con placas de California, el muchacho encendió la radio: este es el programa del recuerdo, decía el locutor, iniciamos con Ray Conniff y su éxito internacional “Aquellos ojos verdes”, y enseguida la misma canción con el inolvidable intérprete de color Nat King Cole. La varita de nardo dijo: “cambia la estación esa música es para viejitos”. El muchacho fuerte y valeroso le contestó “esa canción le gusta mucho a mi mamá”. Varita de nardo dijo, “no me hables de tu mamá, anda diciendo a todo el mundo que tú te quieres divorciar por mi culpa”, discutieron, el muchacho quería comprarle otro juego de aretes, collar y pulsera, pero ella no quiso aceptarlo, cortó una rosa, tampoco funcionó, le prometió otra noche de pasión pero Varita de nardo estaba a punto de llorar. Una señora les ofreció servilletas bordadas y la muchacha eligió media docena y, un poco menos molesta, subió a la camioneta.

La mujer de la primera pareja daba envidia: pasadita de peso, mandona, sexualota, con ropa deportiva para embutir sus sobradas carnes, muy segura, empoderada. El hombre no daba envidia: flaco, alto, burlesco, llorón. La segunda pareja era conmovedora: ella una varita de nardo, él un muchacho fuerte y valeroso.

El lago estaba sereno como un lago y los huéspedes de la cabaña Tapimba, una pareja de jubilados en un automóvil con placas de Colima, se fueron de paseo por la calzada adoquinada, desde el bucólico pueblo de Zirahuén hasta Santa Clara del Cobre, sólo para ver qué otras escenas les regala la vida. 